

Te he acogido en mi vida

"Quien no vive para servir, no sirve para vivir."

Teresa de Calcuta

Escribir lo que sigue, ha sido, a la vez, contenido
y fruto de mi meditación temprana de esta mañana.

La apertura, la receptividad y la acogida,
son tres actitudes básicas en las relaciones humanas.

Son las puertas que abren nuestro corazón, para que alguien,
al acercarse, confiado, a nosotros, entre y encuentre en él,
el lugar que le corresponde en sus estancias:

Mi padre, madre, hermanos, abuelos, tíos, primos,
familiares más lejanos, amigos, vecinos, maestros,
alumnos, si soy profesor o maestro,
compañeros y compañeras de trabajo o de equipo,
personas con las que colaboro en alguna organización o grupo
y, cualquier otra persona que me encuentre,
o se encuentre conmigo.

Es así, como se crea un campo fértil
que, el amor atento y respetuoso riega,
para que las relaciones humanas crezcan, maduren
y den frutos de ternura, de cariño, de compañía, de apoyo,
de ayuda, de enseñanza, de escucha, de comprensión y empatía,
y, puesto que somos seres que cometemos errores,
el perdón, la compasión, la curación de la herida,
con la aceptación y la reparación de lo roto.

El amor, que riega las relaciones y empapa los corazones
de los que conviven, favorece y se alimenta
de estas tres cualidades humanas:

la apertura, la receptividad y la acogida,
que eliminan desigualdades, dependencias, abusos,
violaciones de derechos, invasiones, robos, usurpaciones,
esclavitud, sometimientos y servilismos,
conflictos, enfrentamientos y guerras.

Y, al mismo tiempo, potencian, ensalzan y embellecen
la igualdad como personas, la libertad carente
de condiciones y limitaciones injustas y absurdas,
de controles, manipulación y chantajes, y, por último,
ayudan a lograr la fraternidad, para que, en una gran familia,
la humana, convivamos y nos amemos como hermanos.

Crear este clima de acogida y convivencia,
propicia la paz y la calma, imprescindibles,
para que fructifique cualquier encuentro,
especialmente en tiempos de conflictos y guerras,
y son precisas para el crecimiento adecuado de cada persona
y para el respeto a su forma de ser y al tiempo que necesite.

El fruto de esta forma de amor,
que riega los campos de la tierra,
es la felicidad que aparece en cada planta, en cada hierba,
en cada árbol que todos los seres humanos, somos,
y en el entorno en el que vivimos.

¿Te apuntas a esta tarea y, así, seremos más,
los que cultivemos la tierra del hortelano,
que nos invita y llama a trabajar, en ella,
desde muy temprano hasta la última hora del día,
prometiéndonos un denario, como paga y herencia?

Victoriano Martí Gil. 11 de enero de 2026